

VALERIE'S FACTORY

VALERIE'S FACTORY
VERA 1350, VILLA CRESPO
VALERIE@VALERIESFACTORY.COM

VALENTINA

VALENTINA QUINTERO

TEXTO DE LEANDRO MARTÍNEZ DEPIETRI



Amiga observando Mujeres Indolentes
2024
Oleo pastel, pintura acrílica, pastel sobre lienzo
190 cm x 140 cm



Doma
2024
Oleo pastel y pastel sobre papel
120cm x 90cm



Bustier en espejo de dormitorio

2024

Oleo pastel y pastel

124cm x 94cm



Coreografía de a tres

2024

Oleo pastel, pastel y color sobre papel

120cm x 90cm



Escenografía

2024

Óleo pastel y pastel sobre papel

124 x 94 cm



Coreografía en fila
2024
Óleo pastel sobre papel
73 cm x 93 cm



Escultura sobre mesa de living

2024

Óleo pastel sobre papel

73 cm x 93 cm



out of the blue
2024
Óleo pastel sobre papel
73 cm x 93 cm



Encamados

2024

Óleo pastel sobre papel

73 cm x 93 cm



Desnudo
2024
Fotografía
100 cm x 130 cm



Valentine se entrega a todo destino

2024

Fotografía

60 cm x 60 cm



Valentine se entrega a todo destino

2024

Fotografía

60 cm x 60 cm



Valentine se entrega a todo destino

2024

Fotografía

60 cm x 60 cm



Valentine se entrega a todo destino

2024

Fotografía

60 cm x 60 cm



Valentine se entrega a todo destino

2024

Fotografía

60 cm x 60 cm



Valentine se entrega a todo destino

2024

Fotografía

60 cm x 60 cm

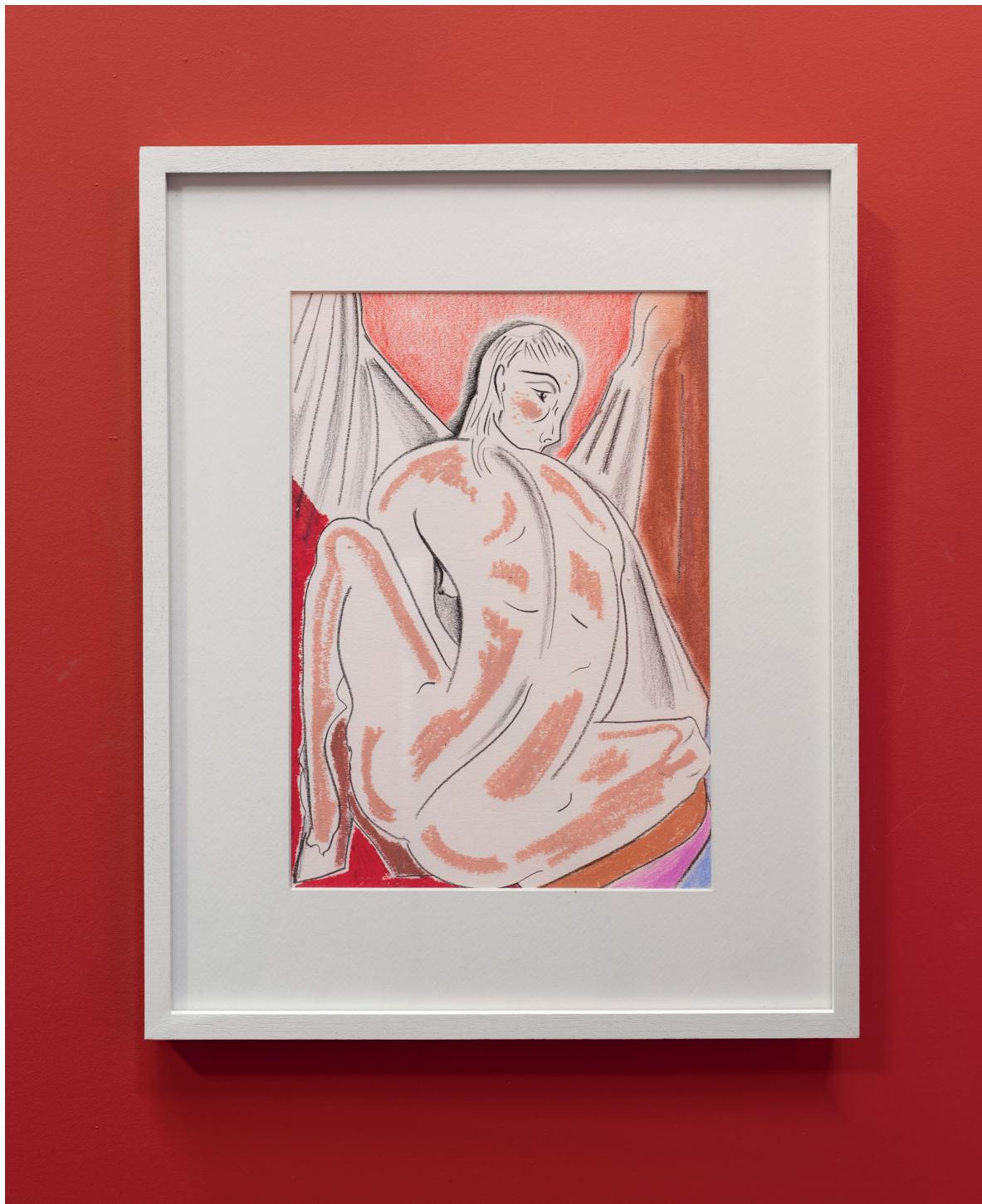


Bye Bye

2024

Video de toma directa y voz en off

Tiempo de duración: 01:16 min



Pose de espalda

2024

Oleo Pastel y lapiz sobre papel

42,9 x 33,5 cm

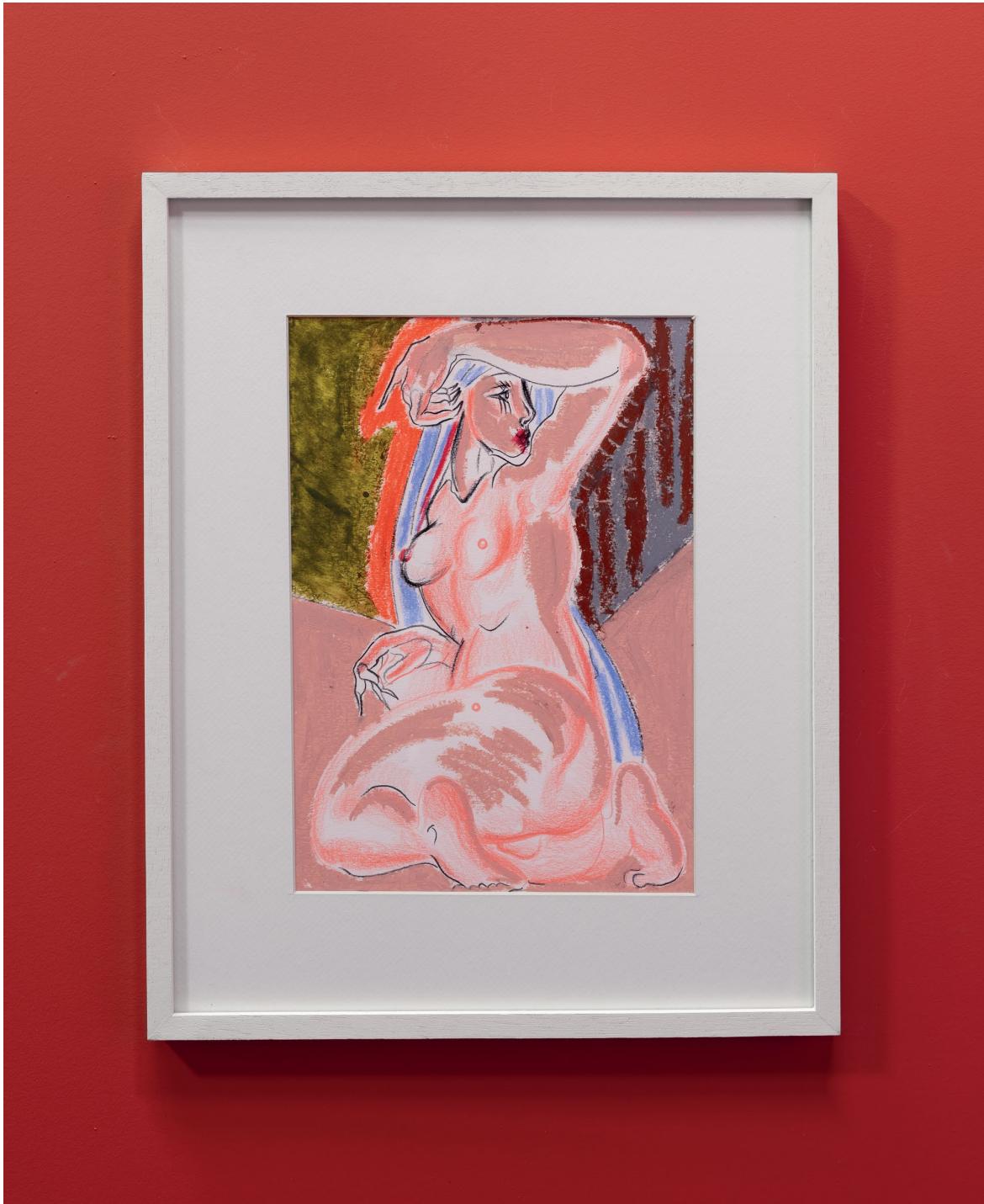


Leigh Bowery

2024

Lapiz sobre papel

42,9 x 33,5 cm



Pose Piel

2024

Oleo Pastel y lapiz sobre papel

42,9 x 33,5 cm



Retrato de Mina con Ruby Woo

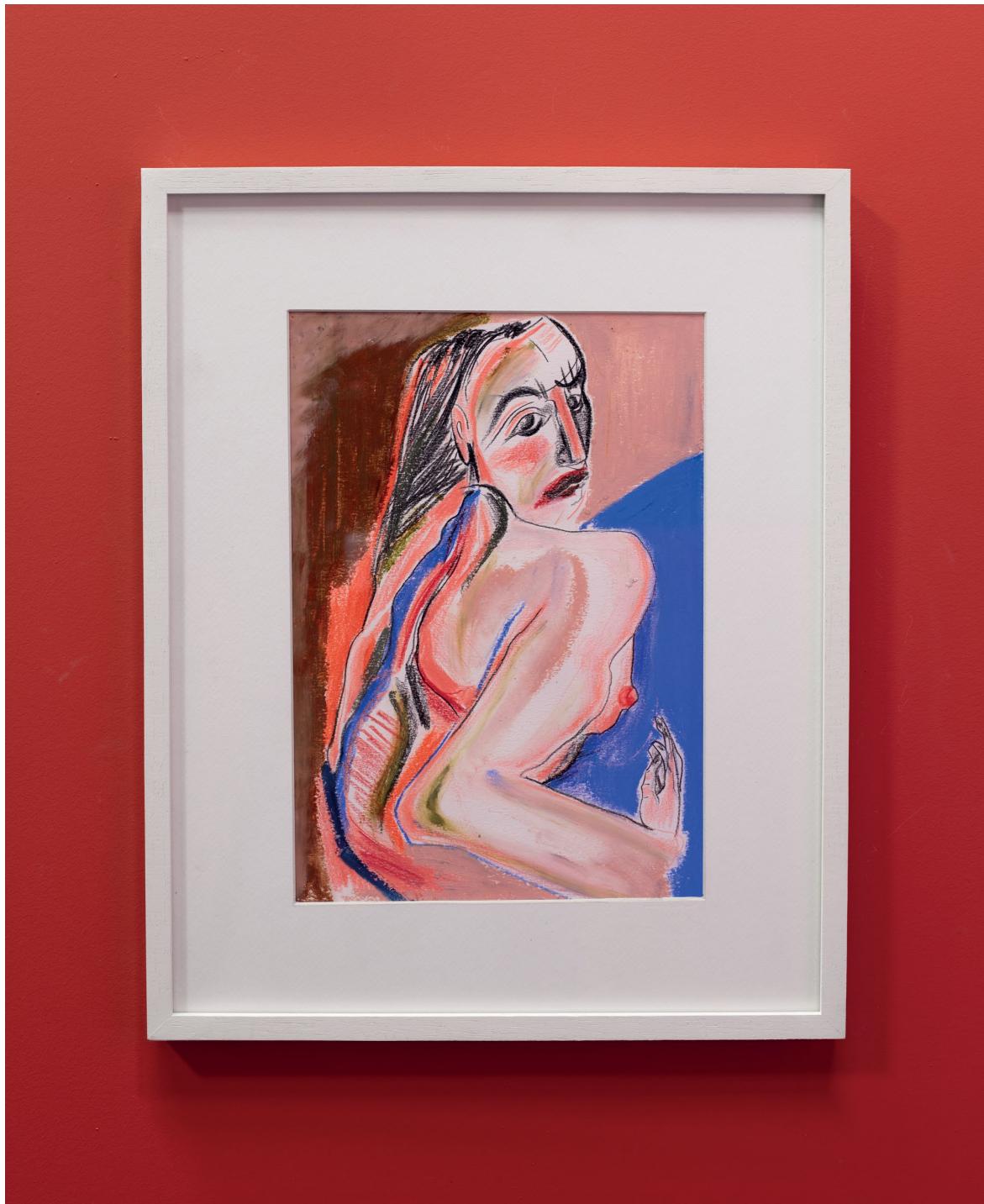
2024

Oleo Pastel y lapiz sobre papel

42,9 x 33,5 cm



Pose 4
2024
Oleo Pastel y lapiz sobre papel
42,9 x 33,5 cm



Autorretrato

2024

Oleo pastel sobre papel

42,9 x 33,5 cm

VALENTINA

Dentro de la diversidad característica de la escena contemporánea y de las estéticas queer y transfeministas, éstas últimas nos han acostumbrado a un repertorio de géneros, medios y motivos que han proliferado exponencialmente en los últimos años bajo el fogoneo institucional. Podríamos elaborar brevemente algunas clasificaciones que son inevitablemente inestables. Primeramente -en Argentina y en Buenos Aires en particular- se mantienen vivas las llamas del Rojas y de Belleza y Felicidad con sus derivas minoritarias hacia el ornamento, su ponderación de las manualidades y el bricolaje mediante materialidades y técnicas propias del ámbito doméstico en las que no escasean el glitter, las plasticolas cromadas y los papeles crepe. En segundo lugar, en las búsquedas tridimensionales, aparece también la sensualidad posminimalista que altera las funciones y asociaciones semánticas de los materiales industriales y nos devuelve ensambles auráticos en los que gozamos con los brillos del acero o el vinilo y los leemos como refulgencias de flujos íntimos sobre pieles inorgánicas o vibramos con penetraciones inesperadas que trastocan el orden de lo duro y lo blando, el lleno y el vacío, el hueco y la columna.

Por otro lado, en los desarrollos bidimensionales, sigue vigente una escuela Tillmans de fotografía cutre, flashazo, pieles sudorosas y recortes arbitrarios en la orgía de la noche. La figuración humana se completa, finalmente, con una bifurcación distintiva en el plano pictórico: la fuga de los monstruoso que escapa a los imaginarios felicistas de las redes sociales y la publicidad, huyendo una fantasía con ribetes medievales y del fan fiction en escenarios donde pululan hadas, haditas, duendecitos, cuerpos sin órganos y órganos sin cuerpo; el otro sendero se abre hacia la documentación y a la exploración de las micropolíticas del cuerpo, registrando sus mutaciones y transiciones, su negociación con los mandatos y los cánones de belleza y también sus quiebres en el placer. Abundan ahí los retratos de amantes y amigxs y los autorretratos, casi siempre de figuras individuales o duales, que sonhabitualmente presentadas en el éter, en fondos ornamentales, vacíos o de colores plenos, en espacialidades indefinidas o difíciles de componer como un todo. El fondo pictórico abraza la estética del infinito fotográfico en la era de la selfie y expone ese mundo en caída libre, sin piso ni fundamentos, como ya lo anticipara Hito Steyerl hace más de una década. Viven estas representaciones bajo una conjunción compleja entre el culto de la individualidad y el reconocimiento de lo personal como político que termina por entronar el diseño de sí como ética y estética de esta fase acelerada de un capitalismo autoritario y tecnocrático.

Valentina es habitante de este mundo y artista de su tiempo. Con un desarrollo temprano en la música, viene de la escuela performática y cuando se dedica a la producción de objetos artísticos lo hace llevando su cuerpo al centro de la escena pictórica. Pero aquí toma una decisión particularmente acertada respecto del arcón de la historia del arte y, en el núcleo duro de la exhibición, retorna a Maresca. Liliana no está en el olvido -al contrario- pero qué mejor momento para entregarse a todo destino. La icónica fotoperformance de 1993 ya no parece, en la reversión de Valentina, un juego con el culto a la celebridad y las photoshoots de las revistas neoliberales de esa época. Hoy es más un ejercicio cotidiano de la condena a la estética del beboteo y la promoción de sí por y para todo medio, canal y destino posibles. "Vengo pensando en Ix artistx como prostituta", me dice Valentina. Y sí, el estereotipo del artista contemporáneo es aquel que la pega y se instala como marca, que triunfa en el mundillo y termina atorado en el glamour como horizonte último de emancipación.

Sin embargo, este corazón de la muestra se encuentra sitiado por otra memoria, rodeado por una búsqueda pictórica que poco tiene que ver con lo descrito anteriormente. Los muros externos nos devuelven a Bacon, acercando a Francis a la nueva figuración argentina y a una estética posterior ligada al arte de tapa y el videoclip a partir de los '80. Como un singular giro de tuerca sobre el modernismo, los pasteles al óleo sobre papel negro adquieren algo del neón en la noche y los cuerpos -extrañamente bien formados, musculados y macizos (cuasi-escultóricos)- portan no sólo la marca de las carnes baconianas, o la robustez de unas extremidades a lo Tarsila, sino también un aire en la composición colectiva de los cuerpos a las bañistas de Cézanne o a los estudios para las bailarinas de Matisse aunque alejadas de los paisajes bucólicos. Se cuelan rasgos de un pop monstruoso, acentuados por la paleta expresionista, con dejos de Macció, Deira, Dávila e incluso Myriam Holgado. Cuesta encontrar paralelos contemporáneos para esta línea de trabajo emergente en la obra de Valentina, lo que la vuelve más acechante y prometedora por el modo en que inscribe otro tiempo en el presente. Destacan las figuraciones colectivas que exploran las anatomías imposibles desde distintas perspectivas y dejan abierta la posibilidad de que estas coreografías pintadas sean escenas no simultáneas sino consecutivas, como diferentes poses de una misma performance a lo Étienne Jules Marey.

Valentina, además, nos presenta una espacialidad tangible y fragmentaria en estas obras, construida a partir de contrastes cromáticos y de superposiciones de planos y figuras geométricas en donde se esbozan líneas de fuga contradictorias. Complica el espacio desde este juego de formas a partir de los colores que emergen de la oscuridad del fondo y retorna a problemas pictóricos básicos como la relación entre figura y fondo. La dimensión escenográfica contribuye a un halo de mística cabaretera y demodé, que aparece con mayor fuerza en el dibujo donde una figura de tacos altos posa en el dintel de una puerta con la cortina descorrida. Las aberturas coronadas por un medio arco (que se repiten en varias obras) sugieren también la arquitectura de otra época, tal vez la de la belle époque porteña con su eclecticismo característico. Es que Valentina tiene taller en una antigua casa de San Telmo sobre la calle Brasil, a pocas cuadras y no muy diferente de aquella donde arrojaron, hace algunos días, una bomba molotov en el cuarto de dos parejas de lesbianas.

La amalgama temporal de su obra cobra entonces otro sentido. Valentina dice que su obra incorpora debates ya saldados. Nos enfrentamos a la paradoja temporal de nuestro presente en el que convivimos con aquello que pensábamos sabido y ganado a través de consensos colectivos y la realidad política que nos demuestra lo contrario. Se hace patente esa escisión entre los consensos del pequeño mundo del arte y los del universo que lo contiene, el progreso y la recurrencia en una nuez. Condensa en estos desarrollos pictóricos una pequeña historia del arte moderno cuyos juegos centenarios de ambigüedad sexual, libertinaje y transitividad de género se ven reforzados por el contraste con la hipercodificación fotográfica del beboteo en el centro de la exhibición. Es ahí donde ella performea, encarnando una tensión entre vanguardias y tradiciones, entre utopía y distopía como polos magnéticos entre los que moldea una imagen de sí como artista de un tiempo decadente.

Leandro Martínez Depietri